



43 Flavio Josefo (1), que escribió en tiempo del emperador Vespasiano y de Tito su hijo, en el libro segundo de la guerra Judaica (capítulo 16), introduce al rey Agripa exhortando á los judíos á que no quieran guerra con los romanos, diciéndoles «que sus fuerzas siempre fueron vitoriosas en todo el mundo; tanto, que aún intentaron traspasar los términos á que habían llegado, porque ni los contuvieron los de todo el Eufrates hacia el Oriente, ni los del Istro hacia el Septentrion, ni el haber andado toda la Libia hacia el Mediodía hasta lo más impenetrable de sus arenas, ni el haber llegado hasta Cádiz hacia el Occidente, sino que navegando el Océano, adelantaron sus armas hasta descubrir un nuevo mundo, sujetando á los britanos, desconocidos ántes. ¿Qué me decís, pues? prosigue Agripa hablando con los judíos. ¿Por ventura vosotros sois más ricos que los galos, más fuertes que los germanos, más sabios que los griegos, y más en número que los habitadores de todo el mundo? ¿Qué vana confianza es la vuestra que así os anima contra los romanos? Y poco después, más á nuestro intento, añade: Ni bastó á los españoles, en una guerra emprendida por la libertad, el oro sacado de las entrañas de la tierra, ni la separación de los romanos, mediando entre unos y otros tanta tierra y mar, ni los lusitanos y cántabros, gentes guerreras, ni la vecindad del Océano, espantoso aún á los naturales por causa de sus crecimientos, sino que extendidas sus armas más allá de las columnas de Hércules, habiendo pasado los romanos los montes Pirineos por medio de las nubes, también sujetaron á éstos (esto es, á los lusitanos y cántabros), los cuales, aunque difíciles de vencerse y aunque tan distantes, sin embargo, con sola una legión están reprimidos. Hasta aquí Flavio Josefo, traducido á la letra.

(1) Flavio Josefo, historiador y general judío de la familia de los Macabeos, nació en Jerusalem en el año 37 de Jesucristo, y era de la secta de los Fariseos. Gobernador de la Galilea por sus compatriotas rebeldes contra los romanos, sostuvo en Jotapata un largo sitio contra Vespasiano y contra Tito. Habiéndose rendido al primero, se concilió su amistad, prediciéndole su elevación al imperio. Lleváronlo á Roma, señalándole una pensión considerable, y se cree que murió el año 95. Escribió la *Historia de la guerra de los judíos*, las *Antigüedades judaicas*, su *Vida*, dos libros contra Apion, y el *Elogio de los siete mártires Macabeos*. Se distingue por la claridad y la elegancia de su lenguaje griego, aunque su veracidad como historiador haya sido negada.

44 Suetonio Tranquilo (1), escritor gravísimo, que vivió en tiempo de los emperadores Trajano y Adriano, de quien fué maestro de las epístolas, refiere con mayor distinción y claridad (*in Aug.*, cap. 21) que Octaviano, parte por sí y parte por su dichosa dirección, domó la Cantabria y Aquitania, Panonia, Dalmacia, con todo el Ilírico. También la Rhécia y á los vindélicos y á los sálasos, gentes que vivían en los Alpes. El mismo Suetonio se explicó más cuando dijo (cap. 20) que Augusto hizo por sí dos guerras: la dalmática, siendo aún mozo, y la cantábrica después de vencido Antonio. En otra parte refiere (cap. 81) que Augusto padeció en su vida algunas graves y peligrosas enfermedades, especialmente después de haber domado la Cantabria.

45 Dion Casio (2), que escribió en tiempo de Adriano, y los dos insignes españoles Lucio Floro, que floreció en tiempo de Trajano, y Orosio, que vivió imperando Arcadio y Honorio, refieren largamente este vencimiento y sujeción de los cántabros, cuyos sucesos hasta ahora no han sido bien concordados. Y por eso me ha parecido ordenarlos, siguiendo principalmente á Dion, porque lo refirió más de propósito y los distinguió señalando los consulados, cuya narración pienso suplir y entretener con lo que dijeron los abreviadores Floro (3), Orosio y otros.

(1) Cayo Suetonio Tranquilo, biógrafo latino nacido hacia el año 70 de Jesucristo, fué hijo de un tribuno militar, abogado y secretario (*magister epistolarum*) de Adriano y cayó en desgracia por su comportamiento demasiado familiar con la emperatriz Sabina, hacia el año 121. Amigo de Plinio el Joven, había escrito sobre los juegos griegos, los espectáculos, las leyes y costumbres de Roma, aunque hoy sólo se conserven de él las *Vidas de los doce Césares* y algunas noticias acerca de varios literatos. Es muy amante de la verdad, pero poco decente.

(2) Dion Casio, historiador griego, nació en Nicea hacia el año 155 de Jesucristo, y durante los reinados de Cómodo, Pertinax y Alejandro Severo, fué senador, cónsul y gobernador del Asia Menor y de África. Había escrito una *Historia romana* desde la llegada de Enéas á Italia hasta el año de su consulado, en 80 libros. Sólo se ha conservado el 19, y algunos fragmentos. Generalmente es exacto, aunque algo parcial, sobre todo contra Séneca.

(3) Anneo Lucio Floro, español de la familia de Séneca y Lucano, que vivió, según unos, en tiempo de Adriano, y según otros, 100 años después. Escribió un *Epítome ó compendio de historia romana* desde Rómulo hasta Augusto, en cuatro libros, con estilo brillante y conciso. Se le atribuye también el *Pervigilium veneris* y otras poesías.



46 Orosio dice (libro 6, cap. 20) que en el año de la fundación de Roma DCCXXVI, siendo Augusto sexta vez cónsul con Marco Agripa, que lo era la segunda, mandó abrir las puertas de Jano, y vino con su ejército á las Españas para hacer la guerra á dos fertísimas naciones, cántabros y asturianos, teniendo por cosa de ménos valer que viviesen según sus leyes. Yo me persuado que el motivo que tuvo Augusto para mandar abrir el templo de Jano (esto es, para dar á entender que era tiempo de guerra) no fué sólo el levantamiento de los cántabros, sino también el designio de sujetar otras naciones y de poner bien pacífico todo el imperio romano, como claramente se infiere de lo que escribió nuestro Floro (lib. 4, cap. últ.) y Dion Casio (lib. 53). Como quiera que sea, estuvo Augusto en Tarragona mucho tiempo, porque según Suetonio (*In August.* cap. 21), allí dió principio á su octavo y nono consulado, teniendo por compañeros en el uno á Tito Estatilio Tauro, segunda vez cónsul, y en el otro á Marco Junio Silano.

47 Lucio Floro dice (lib. 4, cap. últ.) que en el occidente casi toda España estaba apaciguada, ménos la parte que bañaba el Océano ceterior arrimada á los escollos del cabo de los Pirineos. Aquí, dice, dos esforzadísimas naciones, los cántabros y asturianos, vivían sin sujeción al imperio romano. El ánimo de los cántabros en mantenerse en su rebelión (ésta supone antecedente sujeción á los romanos) era más profundo y más pertinaz, los cuales, no contentos con defender su libertad, intentaban dominar también á los más cercanos, y molestaban con frecuentes correrías á los vacceos y curgonios y autrigones. Contra estos pues (habla de los cántabros), porque había noticias que obraban con mayor encono, no se encomendó la expedición, sino que se emprendió. Vemos, pues, al emperador Augusto personalmente empeñado en sujetar á los cántabros.

48 Titio Livio escribió esta guerra largamente. Ahora únicamente nos queda el sentimiento de su pérdida. Su abreviador sólo dice esto (lib. 136): Refiérese la guerra que hizo Marco Craso contra los Traces y César contra los españoles; y cómo los salasos, gente de los Alpes, fueron sujetados. Tenemos el recurso de Dion, que sin duda leyó y siguió á Titio Livio. Dice Dion (*Hist. Rom.*, lib. 53) que á tiempo que pensaba Augusto César en ir á la expedición de Bretaña, le hicieron mudar de intento los salasos, cántabros y asturianos, los cuales se rebelaron. Contra los salasos, que habitaban al pié de los Alpes, envió á Terencio Varron, el cual los venció. Y el mismo Augusto, que

entonces (esto es, en el año DCCXXIX de la fundación de Roma) era nona vez cónsul, fué contra los cántabros y asturianos. Embestidos por César unos y otros, y no queriendo someterse, confiados en la aspereza de los parajes, ni queriendo pelear por ser muy inferiores en número y los más de ellos ligeramente armados, y sucediendo que, á cualquier movimiento que hacia el César, ocupaban luego los lugares más altos y valles silvestres, poniendo asechanzas, frecuentemente infestaban el ejército romano. Augusto, que se veía puesto en aquellos grandes aprietos, de tanto trabajo y cuidados, cayó enfermo. Hubo de dejar el mando á Cayo Antistio Vetus, y se fué á Tarragona. En aquella guerra hizo Antistio grandes hazañas, no porque fuese mayor general que Augusto, sino porque despreciándole sus enemigos, se atrevieron á entrar en batalla y la perdieron. Y entonces fué cuando Antistio se apoderó de algunas poblaciones. Después Publio Carisio entró en Lancia, desierta de los suyos, y redujo á su obediencia otras muchas tierras. Hasta aquí Dion, traducido casi á la letra, cuya narración concuerda muy bien con la de Floro y Orosio, que, habiendo sido españoles, debemos suponerlos bien informados. Dice, pues, Orosio (lib. 6, cap. 21), copiando á Floro (lib. 4, cap. últ.) en gran parte, y entreteniendo otras noticias, que los cántabros y asturianos, que entonces eran parte de la provincia de Galicia, no sólo estaban aparejados para defender la propia libertad, sino que también tenían ánimo de quitarla á sus vecinos. Y así hacían sus entradas, y talaban las tierras de los vacceos, turmodigos y autrigones. César, pues, puso sus reales junto á Segisama, habiendo cercado con tres cuerpos de su ejército casi toda la Cantabria. El ejército se fatigó mucho tiempo, y muchas veces se vió en gran peligro. Pero, finalmente, mandó César que por la parte del seno Aquitánico por el Océano, estando los enemigos descuidados, se arrimase la armada y se hiciese un desembarco. Entonces, finalmente, los cántabros trabaron una grandísima batalla, y fueron vencidos debajo de las murallas de Bélgica. Huyeron al monte Vinió, por naturaleza segurísimo, donde hallándose cercados, los más murieron de hambre. Después puso sitio á Aracilo, que hizo mucha resistencia: pero en fin, se ganó cercando por todas partes el monte Medulo, así Antistio como Furnio. En vista de lo cual, y de que los romanos embestían por todas partes, empezaron los cántabros á matarse á competencia, unos con armas, otros con veneno de tejo, y así la mayor parte se libró de la cauti-



vidad que los amenazaba. Estrabon añade (lib. 3) que hicieron cosas horribles, como matar las madres á sus hijos para que no llegasen á manos de los romanos; y otros, mientras los crucificaban, cantaban himnos.

49 «Al mismo tiempo (prosigue Orosio) los asturianos, habiendo sentado sus reales junto al río Astura, intentaban echarse sobre los romanos, y por ventura los hubieran vencido partiendo su ejército en tres partes, si los suyos mismos, esto es, los trigecinos, no los hubieran descubierto á Publio Carisio. Por cuyo motivo no pudieron ejecutar su designio, porque se echó Carisio sobre ellos y los venció, bien que con pérdida de no pocos romanos, según Orosio, cuya narración, trasladada de la de Floro, vamos siguiendo, la cual se conforma con la de Dion Casio, como ya lo advertimos. La gente de ellos que pudo escapar se refugió en Lancea, y estando ya los soldados para embestir y quemar aquella ciudad, que tenían cercada, Carisio mandó á los suyos que no le diesen fuego, y concedió á los sitiados el partido de no entregarse, porque deseaba que aquella ciudad quedase entera y sin lesión para dejar un monumento que atestigüese su victoria.

50 En memoria de este vencimiento de los cántabros y asturianos, se batieron varias monedas en que se hace mención de Publio Carisio, legado propretor de Augusto. En unas se ve la victoria coronando un trofeo. En otras hay un trofeo entre adargas y lanzas, entre las cuales se ve el machete y la segur, armas propias de los cántabros. Del machete, semejante al guadigeño, habló Lucano cuando dijo (*libro VI, Pharsalia, v. 257*):

—*Felix hoc nomine fama
Si tibi durus Iber, aut si tibi terga dedisset
Cantaber exiguis, aut longis Teutonius armis* (1).

De la segur hay otro testimonio de Silio Itálico, que dice así (*lib. XVI, v. 46*):

*Cantaber ingenio membrorum et mole timeri
Vel nudus telis poterat Larus. Hic fera gentis
More securigera miscerat praelia dextra, etc.* (2).

En otras se ven la lanza, adarga y machete, armas propias de los españoles. Y la lanza, por ventura, alude á la ciudad de Lancía.

(1) «Venturosa sería tu gloria si de tí huyeran el feroz ibero, el cántabro de armas cortas ó el teuton de larga lanza.»

(2) «El cántabro Laro, hasta sin armas, podía ser temible por su cuerpo ágil y gigantesco. Este, según costumbre de su nación, peleaba llevando el hacha en la diestra.»

51 Floro dice (lib. IV, cap. últ.), que «invernando Augusto en los lugares marítimos de Tarragona, tuvo noticia de lo que habían ejecutado sus tenientes generales Antistio, Furnio y Agripa;» y hablando Floro deslo cántabros, sin interrumpir la narración con los sucesos de los asturianos, como Orosio, cuyo contexto he seguido, añade que «César, hallándose presente (esto es, como yo entiendo, habiendo dejado los cuarteles de invierno), sacó á los cántabros de las montañas; los obligó á dar rehenes, los vendió según el derecho de la guerra, mandando ponerlos á la redonda, como era estilo. Al Senado pareció aquella victoria de Augusto digna del laurel y del carro triunfal; pero la grandeza de César era ya tan grande, que podía despreciar los triunfos.» Bien que Orosio advierte que el «mismo Augusto hizo tanta honra á la victoria cantábrica, que mandó se cerrase el templo de Jano.» Pero si bien se repara, esto fué hablar como español, porque estar abiertas las puertas de Jano era una señal de que el pueblo romano tenía guerra, y estar cerradas era indicio de paz universal. Por eso San Isidoro, acabando de referir en su cronicon (pág. 50, *Edit. Loaisa*) que Octaviano triunfó de España, añade: «Después, habiendo conseguido la paz en todo el orbe por tierra y mar, cerró las puertas de Jano.» Esta paz universal se logró tan pocas veces en el Imperio romano, que aquella fué la cuarta en que se vieron cerradas las puertas del templo de Jano, y la segunda en que Augusto las mandó cerrar. Cerrólas Augusto la primera vez á 6 de Enero del año DCCXXV de la fundación de Roma, siendo cónsules el mismo Augusto la quinta vez y Lucio Apuleyo. Refiérela Orosio tantas veces alabado (lib. VI, cap. 20). Cerrólas segunda vez (como hemos dicho) después de la guerra cantábrica, año DCCXXIX de la fundación de Roma, siendo cónsul Augusto nona vez con Marco Junio Silano, según leemos en Dion (lib. 53). Aurelio Víctor (*In Augusto*) (1) refiere la circunstancia de que Augusto cerró las puertas con su propia mano, lo cual es conforme á lo que cantó Virgilio (lib. VII, *Aeneid.*, v. 612). Suetonio añade (*In August.*, cap. XXIX) que Augusto consagró una capilla á Júpiter Tonante por haberle librado del peligro en que estuvo cuando, caminando de noche en la expedición cantábrica, un rayo hirió de paso su

(1) Sexto Aurelio Víctor, historiador latino, natural de Africa, vivía en el siglo IV, y fué prefecto y cónsul en Roma en el año 369. Escribió «De viris illustribus urbis Romae, De Caesaribus historia y De vita et moribus imperatorum.»



litera y mató al esclavo que alumbraba. Queda memoria de esto en una moneda que mandó batir con su efigie y con la inscripción *Augustus Caesar*, y en el reverso un templo, en cuya puerta se ve Júpiter en pie con el rayo en la mano derecha y la lanza en la izquierda, y la inscripción *IOV. RON.*, esto es, *Jovi Tonanti, á Júpiter Tronador*. Tal era la superstición de aquellos tiempos.

52 Prosigue Dion diciendo (lib. 53), «que concluidas estas guerras, partió Augusto de España dejando en su lugar á Lucio Emilio. Luégo que se fué, los cántabros y asturianos se conjuraron para levantarse, y ocultando su designio, enviaron á decir á Emilio que querían dar para su ejército trigo y otras cosas. Y desta suerte, habiendo conseguido mucho de lo que pidieron, cuando tuvieron á los romanos en parajes á propósito para ejecutar su intento, los mataron. Pero no les duró mucho este gozo, porque los romanos les talaron sus campos, les quemaron sus poblaciones y los aprisionaron. Después, en el año DCCXXXII, siendo cónsules Marco Claudio Marcelo Esernido, hijo de Marco, y Lucio Arrancio, hijo de Lucio, volvieron á solevarse los cántabros y asturianos. Estos por la soberbia y crueldad de Carisio, aquéllos por ver que los asturianos ya habían tomado las armas y porque despreciaban á Cayo Furnio, pensando que por ser recién venido no sabría hacerles la guerra. Pero unos y otros experimentaron que era muy otro de lo que pensaban, porque habiendo ido á socorrer á Carisio, venció las dos naciones y las hizo esclavas. Pocos de los cántabros llegaron á manos de los romanos, porque habiendo desconfiado de mantener la libertad, no haciendo caso de la vida, encendieron sus viveres, y unos se mataron con sus armas, otros se quemaron con sus casas, y otros públicamente tomaron veneno. Y desta suerte pereció la mayor y más feroz parte de los cántabros. Los asturianos también fueron muy presto rechazados del sitio de una plaza, y luégo después, vencidos en una batalla, dejaron las armas y fueron domados enteramente.

53 Más adelante, siendo cónsules Cayo (ó según otros Quinto), Saturnino y Quinto Lucrecio Vespilón, refiere Casio (lib. 53), «que Agripa pasó á España, porque los cántabros, que según derecho de la guerra se habían cautivado y vendido, habiendo cada uno muerto á su dueño, habían vuelto á sus casas, y habiendo incitado á muchos á que les fuesen compañeros en el levantamiento, después de haber ocupado y pertrechado algunos lugares fuertes, acometían los presidios de los roma-

nos. Habiéndose Agripa puesto á la frente de éstos, trabajó en que sus soldados cumplieren con su obligación, porque había muchos veteranos que, maltratados en tan continuadas guerras, y habiendo cobrado miedo á los cántabros como á gente guerrera, rehusaban obedecer. Agripa los obligó brevemente á la obediencia, consolando á unos y amenazando á otros. Y habiendo llegado á vista de los cántabros, fué muy incomodado de unos enemigos que, habiendo servido á los romanos, habían adquirido conocimiento y sabían que no les quedaba esperanza alguna de vivir si llegase el caso de ser cogidos. Pero finalmente, Agripa, después de haber perdido muchos soldados, y de haber notado á muchos ignominiosamente por haberse portado mal (pues entre otras cosas, mandó que la legión que se llamaba augusta no usase de tal nombre), acabó con casi todos los cántabros que eran de edad capaz de tomar las armas; y habiendo desarmado á los demas, los transfirió de los lugares montuosos á las llanuras. Pero Agripa, de todo esto ni dió cuenta al Senado por escrito, ni quiso triunfar, según Augusto lo había decretado, sino que en esto como en otras cosas, usó de su acostumbrada moderación de ánimo, siendo á muchos cristianos vergonzoso ejemplo de modestia.

54 De esta última sujeción de los cántabros habló Horacio cuando, dando cuenta á Iccio de las novedades que había, le escribió (Epistol., lib. 1, epist. 12):

*Ne tamen ignores, quo sit Romana loco res;
Cantaber Agripæ, Claudii virtute Neronis
Armenius cecidit* (1).

55 A esto mismo aludió Eusebio Cesariense cuando en la olimpiada 190, que corresponde al año de la fundación de Roma DCCXXXIV, dijo que los cántabros, que maquinaban novedades, fueron oprimidos. Destas suerte se compone muy bien lo que refiere el mismo Eusebio (si se enmienda como debe) en la olimpiada 188, año XIX del imperio de Augusto, que este emperador hizo tributaria la Cantabria y á los galos. Lo cual se conforma con lo que dice Casidoro (*In Chronico*) (2), que siendo cón-

(1) «Te diré, para que no ignores lo que sucede en Roma, que el cántabro ha sucumbido al valor de Agripa, y al de Claudio Neron el armenio.»

(2) Aurelio Cassiodoro, político y escritor latino, nació en la Calabria en 480; sirvió primero á Odoacro, rey de los hérulos, y después á Teodorico, rey de los godos, llegando á ser cónsul y primer ministro de este monarca, y tan amante del orden como de la jus-



sules Augusto César octava vez (nona debía decir) y Marco Silano, acabó César de domar á los cántabros, germanos y salasos eran los que llamó galos Eusebio. Y habiéndose luégo solevado (como queda dicho) los asturianos y cántabros, añade el mismo Casiodoro que, siendo cónsules Cayo Augusto César nona vez (no, sino décima) y Cayo Norbano, sujetó á los asturianos y cántabros por medio de Lucio Lamia. Este Lucio, ó, segun otros, Quinto Elio Lamia, teniente general de Augusto César, es aquel á quien Horacio dió el parabien de haber vuelto á Roma, en compañía, segun parece, de Plocio Númida, diciendo:

Qui nunc Hesperia sospes ad ultima
Caris multa sodalibus,
Nulli plura tamen dividit oscula,
Quam dulci Lamia (1).

No falta quien por Lucio Lamia lea en Casiodoro Lucio Emilio. A cuya probable conjetura no contradigo.

56 Que sea así lo que hasta aquí se ha referido, se confirma muy bien en que, computados todos los años de la guerra cantábrica, sale bien la cuenta de Orosio, de que duró cinco años, quedando despues establecida una perpetua quietud. Sus palabras son estas (lib. 6, cap. 21): Concluida la guerra cantábrica en el espacio de cinco años, habiéndose reclinado y descansado toda España en una eterna paz, como quien se desahoga respirando despues del cansancio, volvió César á Roma. Que la paz fuese durable, ántes que Orosio lo habia dicho Floro, el cual, despues de haber referido la sujecion de los cántabros y asturianos, concluyó diciendo (lib. 4, cap. últ.): Este fué el fin de las guerras que tuvo Augusto, y este fué tambien el fin de las rebeliones de España. Luégo se siguió una fidelidad fija y paz eterna.

57 Quede, pues, asentado que toda Cantabria, ahora se consideren sus antiguos límites, permaneció fiel á Amalasantha, hija de Teodorico, y al fin de su vida se retiró á un monasterio de su país natal, en donde escribió varias obras, muriendo el año 575, casi á los 100 de edad. Se conservan de él un *Tratado del alma*, cuatro libros de las *Artes liberales*, tratados sobre el *Discurso y la Ortografía*, doce libros de *Cartas*, comentarios sobre los salmos etcétera. Habia compuesto una historia de los godos, que existe extractada por Jornandes. Se le atribuye tambien una *Historia tripartita*, cuyo verdadero autor es Epifanio el Escolástico.

(1) «Él, que ha venido libre ahora del centro de la Hesperia, y á ninguno de sus amigos prodiga tantas caricias como á su querido Lamia.» Oda XXXVI del libro I.

ahora los modernos y todas las tierras circunvecinas á ella sin exceptuar un palmo, estuvieron sujetas al imperio romano.

58 Pero así Cantabria como los pueblos vecinos procuraron siempre conservar su lengua, cuanto permitió aquella dominacion y las que despues se siguieron. Y lo que más contribuyó á la conservacion del lenguaje, fué el haber vuelto luégo á la antigua rudeza y poco trato con las naciones más cultas, siendo cierto que donde no hay mucha comunicacion con los extraños, se conserva más la lengua antigua; y si no hay estudios, mucho mejor, porque por la leccion se aprenden muchísimas voces nuevas, y se pega despues á los lectores gran parte dellas. Verdad es, que donde no se estudia, se sabe poquísimo, y donde se sabe poco, es muy limitado el lenguaje; y éste en el discurso de muchos siglos no puede dejar de corromperse.

59 Despues de los romanos vinieron á España los godos y otras naciones septentrionales, las cuales, segun la extension y duracion de su dominio, introdujeron sus lenguas; pero no de manera que aboliesen el lenguaje romano que ya se usaba generalmente en toda España, ménos en las montañas más frías de la parte septentrional. Con todo eso los godos, los vándalos, por otro nombre silingos (*Isidorus in Hist. Wand., era CCCCLXIX*), los alanos y suevos introdujeron en España muchísimas voces, que áun hoy perseveran.

60 Ultimamente vinieron los africanos y se apoderaron de toda España, exceptuando parte de las montañas de Asturias, y Leon y Cantabria, y algunos lugares fuertes de Aragón y Cataluña. Y como la dominacion de los africanos por el castigo de los pecados de esta nacion, y singularmente por la desobediencia al Papa, duró tantos siglos; el lenguaje que ellos trajeron (que era el árabe) se hizo universal en España, exceptuando los pequeños recintos donde se habian refugiado y fortalecido los pocos cristianos que no quisieron sujetarse á la dominacion de los bárbaros, y por eso gloriosamente mantuvieron la religion, la libertad y la lengua; bien que ésta, como sucede siempre, con notable mudanza, segun las gentes con quienes más comunicaban.

61 Por esta misma causa los cántabros que trataban con los españoles allí refugiados, los cuales hablaban la lengua latina, bien que corrompida, los cántabros, digo, además de las voces latinas que habian recibido ya inmediatamente de los mismos romanos, recibieron otras muchas de los españoles, acomodándolas á sus terminaciones y manera de pronunciar,



y al mismo tiempo comunicaron á los españoles otras voces suyas, que áun duran hoy en la lengua española. Esto se ve claramente, si se cotejan entrambas lenguas, española y vascongada, pudiéndose asegurar que la mayor parte del vascuence, si se observan bien las raíces de sus vocablos, tiene origen del latin, como lo he observado en el vocabulario manuscrito que se compuso en el año MDXXXII, el cual se halla en esta Real Biblioteca. Y aunque es verdad que el autor de dicho vocabulario muchas veces no puso las palabras puramente vascongadas, correspondientes á las voces españolas, tambien es cierto que el vascuence ha recibido de otras lenguas los vocablos de las artes, de sus instrumentos y hechuras, y los de las ciencias y muchos de sus objetos, que son innumerables, los de la religion, empleos y cosas extrañas del país, como árboles, hierbas, animales, piedras, trajes; cosas propias de la vanidad, totalmente ajenas de la esterilidad y pobreza de su país, y las que son propias de la ingeniosa gula de estos tiempos, que ha llegado á tal extremo, que sólo de bebidas se pueden contar más de doscientas especies; pues cien años há contó un curioso español ciento diez y ocho. Que es lo mismo que decir, que si uno toma en las manos los diccionarios más copiosos de las lenguas de hoy, no hallará en el vascuence voces correspondientes á muchísimas otras, y las que hallará, si se observan sus raíces, unas serán latinas, otras españolas, otras francesas, otras de otras lenguas, y poquísimas puramente vascongadas.

Si esta lengua tuviera impreso algun diccionario, que lo deseo mucho, me parece que si fuera cumplido, combinándole con otros se habia de observar y ver lo que digo. Ni puede ser de otra suerte, porque el vascuence no se sabe que haya tenido libros, los cuales es cierto que son los únicos conservadores de la mayor parte del lenguaje. Por esto no usan hoy de muchas palabras de que usaron antiguamente, y así dice Plinio (*Nat. Hist.*, lib. XXXVI, capítulo XLI) (1) que llamaban *bubbatio* á la

(1) Cayo Plinio Segundo, natural de Como ó de Verona, en donde vió la luz en el año 23; sirvió primero en el ejército, y fué gobernador de España, prefecto de la armada de Misena, y grande amigo de Vespasiano y de Tito. Pereció el año 79, cuando la erupcion del Vesubio, por haberse acercado á él imprudentemente. Habia escrito una *Historia de Roma* otra de las *guerras de Germania*, el *Studiosus* y ocho libros de *Dubii sermones*, obras todas perdidas. Sólo se conserva su *Historia natural* en 37 libros, enciclopedia de

vena de la piedra iman, palabra que hoy no conservan. El decir Plinio que esta voz era de los cántabros, indica que éstos tenían su propia lengua, tan diversa hoy de lo que fué, que ni áun mantiene los nombres, no digo ya de las antiguas poblaciones, porque no hay rastro de ellas, pero casi estoy para decir que ni los de los rios y montes, que son los mismos que fueron. Y de ahí nace la dificultad de señalar los antiguos límites de Cantabria, sobre que trabajó muchísimo el más diligente de los historiadores de España, Jerónimo Zurita, y es asunto que pide nueva diligencia, dejando aparte toda preocupacion de juicio y las que han tenido los historiadores que hasta hoy ha habido. Pero lo que es más, no podemos juzgar de la antigüedad de este idioma, porque como cada lengua es determinadamente tal por tener tales voces, y tal analogía, y tales modos de hablar, ni sabemos si las voces de hoy son las mismas que habia mil años há, ni si permanece hoy la antigua analogía, ni si es uniforme la costumbre de hablar en tan distantes siglos. Con razon, pues, el sabio arzobispo de Tarazona, D. Antonio Agustín (1), hablando del vascuence, dijo (*Dial.* 6, pág. 237): «Como no tienen libros ni otras memorias escritas en aquella lengua, mal se puede saber la verdad de dónde vino.»

62 Yo siempre concederé á esta lengua una grande antigüedad, y diré que permanece hoy esta antigüedad en los caracteres generales del vascuence, pero no en los especiales constitutivos de tal lengua. Quiero decir, que la multitud de conjugaciones, la posposicion de los artículos y otras singularidades del vascuence vienen muy de antiguo; pero no me persuado que áun aquellas voces que se tienen hoy por puramente vascongadas sean las mismas que antiguamente, porque si vemos que hoy para decir *poco* los vascos dicen *guchi*, los navarros *guli* y los vizcainos *guichi*, y á este modo hay muchísimas voces muy diferentes entre sí, las cuales forman unos dialectos muy diversos, ¿cómo hemos de creer lo que suponen, que sola esta nacion en el mundo tiene el privilegio

conocimientos de la antigüedad; llena de datos preciosos, aunque escrita á la ligera. Su estilo es original y enérgico.

(1) Don Antonio Agustín, sabio arzobispo de Tarazona, natural de Zaragoza, prelado de profundos conocimientos en derecho, historia y antigüedades griegas y romanas; murió en 1586, habiendo escrito muchas y muy importantes obras de derecho, comentarios á autores latinos, como á Varrón y á Festo, sobre medallas y linajes españoles, etc.